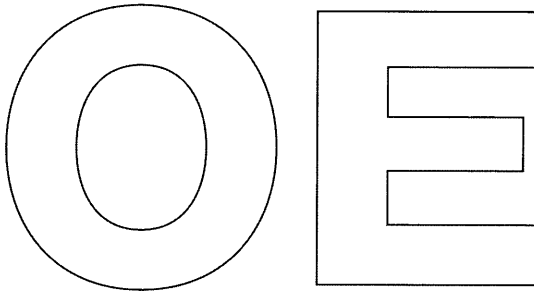


# **Oral y Escrito**

Raquel Diez Rodríguez de Albornoz

*Selección de los principales artículos  
de la columna «Oral y Escrito»  
publicados en el diario El Litoral entre 1980 y el 2000*



**Instantáneas  
del lenguaje  
periodístico**

**OE**

El enunciado titular podría ser una cifrada síntesis de la índole de la labor desplegada por Raquel Diez Rodríguez de Albornoz, en las páginas siguientes. En efecto, como provista de una cámara de fotos, dirige su objetivo hacia un aspecto del uso lingüístico peculiar —reflejado en la radio, en la televisión o la prensa escrita—, lo fija, lo circunscribe —como en un encuadre de lente fotográfica—, lo define y, luego, señala su adecuación o no al contexto, marca la corrección o incorrección en su uso, su armonía o desentono con la norma, su propiedad o extravagancia, provista en todo caso de generosa ejemplificación.

Con acierto, el libro de nuestra compatriota mantiene el título de su columna periodística: *Oral y Escrito*, es decir, las dos alas con las que vuela el ave de la expresión humana. La inclusión de la oralidad en su estimación es un valioso acierto. La voz, «oralidad», se sabe, no había tenido carta de ciudadanía léxica aun en el *DRAE* del 2001. Pero ya se le ha hecho debido sitio. Y es comprensible, pues el 90 % de la expresión cotidiana de una persona es oral y no escrita. Y, si de medios hablamos, los orales son los más difíciles de encauzar por el camino de la corrección.

La autora ha espigado en el caudal de páginas de su sostenida y útil labor de veinte años de columnista, y nos aporta buena cosecha, en estas «breves lecciones lexicográficas y ágiles reflexiones sobre la lengua», como con justeza las caracteriza el director de *El Litoral* y actual presidente de ADEPA (Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas), Gustavo Vittori. El conjunto de notas revela una generosa voluntad de servicio, que tiende una mano asistente al prójimo hablante. Y el gesto lo hace sin monsergas ni «maestrosiruelismos», sin afectaciones profesoriales ni arropamientos teóricos excesivos, por el contrario, la exposición es bienhumorada, grata de leer, clara y sabiamente sintética. Pero se advierte, en los pliegues, que hay detrás una firme solvencia lingüística que la sostiene.

Destaquemos dos gestos plausibles. Uno, que el diario santafesino mantuviera aquella columna por años, como espacio periodístico de atención al idioma y sus deslices. Esas ciudadelas defensoras de la lengua en los medios están siendo abatidas una a una. Otro, la intención de la autora de despertar en el lectorado de prensa el hábito de atención y vigilancia por la forma de hablar propia y ajena.

Este libro contiene un registro de «deslices» lingüísticos, como decimos por estas playas con un argentinismo, en el sentido de «error, falta o indiscreción que comete alguien sin reflexionar». Desfilan frente al lector: la tensión entre normativa y uso, la licitud o no del uso de «tonadas» (tonillos) en la radio frente a una entonación neutral y sin regionalismos; el papel de las Academias, la necesidad de una ley del idioma, el género de «Dios», las formas «clienta» y «presidenta», el abusivo verbo «implementar», las dobles vocales en «reembolsar» o «contraalmirante», la aceptación relativamente resignada de «desapercibido», los clichés, la adjetivación truculenta en las crónicas policiales, las disputas de la ortografía, el pasaporte al mundo globalizado que asumen ciertas voces y expresiones, y así parecidamente.

Sea bienvenida esta voz austral al coro de quienes se esfuerzan cotidianamente, desde la cantera diaria de los medios, en pulir piedra a piedra el material lingüístico. En su reconocimiento, recontemos el apólogo medieval.

Un viajero se acerca a una obra en construcción y ve a un operario trabajando una piedra. Le pregunta qué hace y el hombre le responde: «Me gano el pan diario». Hace lo mismo con el segundo, quien le dice: «Pulo esta piedra para capitel de una puerta. Y, al formular la pregunta al tercero, escucha una magnífica respuesta: «Construimos una catedral».

La respuesta del tercer operario, expresada en primera del plural, indica que la labor es conjunta, de todos; y la perspectiva que la frase revela es la conciencia neta de que, desde

el común, desde su ángulo limitado, cada uno suma a la obra constructiva de la catedral del idioma, que, por su índole, nunca está definitivamente concluida, hecha, sino en permanente construcción, lo que requiere vigilante conciencia en los obreros de la lengua.

PEDRO LUIS BARCIA

*Presidente de la Real Academia Argentina de Letras*

*Buenos Aires, octubre del 2006*

**Prólogo  
a la primera  
edición**

**OE**

Raquel Diez Rodríguez de Albornoz vuelve por sus fueros cuando más se la necesita. Como esos héroes míticos que llegan cuando todo parece perdido, Raquel irrumpe en nuestra caótica situación cultural con una cuidadosa selección de artículos publicados durante largos años en las páginas del diario *El Litoral* bajo el título *Oral y Escrito*.

Luchadora incansable contra los embates y amenazas de corrupción lingüística, la escritora se hace presente en un escenario dominado por el lenguaje soez, las expresiones grotescas y los discursos paupérrimos.

La docente, de aquilatada trayectoria, torna al ruedo cuando la escuela pública se desploma y la calidad educativa se hace trizas como lo demuestran de modo reiterado los resultados de los exámenes de ingreso a nuestras universidades. Y por si la experiencia propia no bastara, así la certifica un estudio conjunto de Unesco y la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE) que se conoció hace poco y ubica a la Argentina —créase o no— entre los peores 9 de los 41 países sometidos a evaluación.

En rigor, el problema es de tal magnitud que escapa de las aulas y se evidencia en las calles, en la convivencia, en los diálogos. Las conductas y los gestos saltan a la vista y se corresponden con la apabullante escasez de palabras e ideas. La progresiva dificultad para comprender los textos —reflejada estadísticamente en tristes informes— se relaciona con la decreciente disponibilidad de vocablos y se manifiesta con el aumento de las pulsiones violentas como señal de rabiosa impotencia.

La miseria lingüística amarra la creatividad y reduce el campo de la comunicación; la falta de comunicación crea condiciones objetivas para el distanciamiento entre las personas y alienta la dispersión social. La declinación de la lengua obstruye canales de encuentro,

corta lazos de pertenencia, aturde la identidad y favorece la disgregación. Es, por lo tanto, una cuestión de extrema gravedad.

Cuando el edificio cultural de la Nación, erigido sobre las bases de la educación sarmientina y décadas de búsquedas, intercambio, acumulación y desarrollo en los diversos campos del saber, amenaza ruina, es bueno volver a las fuentes, a los fundamentos. Y recurrir a los insumos básicos para reconstruir una sociedad en serio.

Ante el desafío, la obra de Raquel Diez Rodríguez de Albornoz mantiene intacta su vigencia y constituye una cantera de materiales nobles disponibles para este empeño. Sus apuntes de la vida diaria, traducidos con aptitud periodística en breves lecciones lexicográficas o en ágiles reflexiones sobre la lengua, que suelen combinar agudas observaciones sociológicas con ejercicios filosóficos de altura, semejan una mano tendida para salir del pozo. Solo hay que tomarla.

Quienes estamos vinculados con el mundo de la comunicación profesional, sabemos lo difícil que es lograrla. Raquel es un caso extraño. No solo lo consigue, sino que infunde a sus textos de carácter técnico, precisas dosis de cómplice ironía; inusual gracia y estimulante provocación. Los periodistas —que, mal que nos pese, hemos sido habituales proveedores de casos para el análisis en el activo laboratorio de Raquel— resumimos esta infrecuente capacidad con una expresión popular: «tiene gancho».

Humanista hasta los huesos, Raquel comprendió hace décadas la importancia de la educación y su angustiante correlato, el flagelo de la ignorancia. Dejemos que ella lo diga en sus propios términos: «El ignorante anda por los caminos del idioma al tanteo, limitada su capacidad de apreciación y discernimiento de la realidad que lo circunda. Maneja discrecional y arbitrariamente el léxico, con total inocencia (que no lo exime de culpa),



transgrede normas y cánones, mutila expresiones, adultera formas y limita por pereza su caudal expresivo, sin comprender que de ese modo renuncia a un mayor descubrimiento del mundo y de sí mismo y a un más eficaz entendimiento de sus semejantes».

Por eso, Raquel hizo de la docencia una forma de vida. La edición de este libro ratifica esa vocación fuerte, digna y fecunda. Bienvenido sea, porque lo necesitábamos.

GUSTAVO J. VITTORI